

<https://doi.org/10.29393/CFNE5-2AFMD10002>

LOS ALBORES DE LA FILOSOFIA EN GRECIA

Miguel Da Costa Leiva

El nacimiento de la filosofía constituye uno de los más importantes hitos en el desarrollo cultural de Occidente. Por primera vez el pensamiento humano da un salto cualitativo en la interpretación del mundo y de sí mismo. Antes de este alumbramiento, la realidad era interpretada mediante la participación de dioses y fuerzas trascendentes. El hombre constituía una pequeña pieza, casi insignificante, en el conjunto de las demás cosas y seres vivos existentes en el planeta. Lo existente se dividía exhaustivamente entre los Inmortales y los Mortales. Una barrera insalvable se oponía entre ambos, especialmente de los segundos con respecto a los primeros. La verdad de lo existente sólo era patrimonio de los inmortales, es decir, los Dioses. Los pocos conocimientos que los hombres podían alcanzar constituían casi siempre una "revelación" que los dioses, en su infinita bondad, y hasta veleidad, hacían por gracia a éstos. Por sobre los hombres y también por sobre los dioses, existía un elemento irracional que todo lo controlaba y urdía a su manera. Es el Destino, esa fuerza oculta y trascendente que disponía de las vidas y los bienes y al cual nada ponía oponerse, menos los actos supererogatorios que los hombres quisieran hacer o prometer. Luchar contra el Destino constituía una necesidad que a nada llevaba.

Sobre esta estructura mental y cultural surge la filosofía. Fue abonada por muchos factores: por la poesía y el relato épico y agónico. Homero nos cuenta con lucidez un relato de hombres que luchan acicateados por fuerzas e inspiraciones divinas que nada tienen de bondad ética, pero que dejan entrever una jerarquía de valores humanos que, con el tiempo, pasarán a constituirse en paradigmas del buen comportamiento social. Hesíodo de Ascra es mucho más elocuente.

Elegido por las musas Helicónicas para revelarles una verdad grande y portentosa él pregunta angustiante: "¿Qué fue lo primero de lo existente?". Esta interrogación dibuja la vía por la cual discurrirá la parte más importante de la filosofía posterior. Es la posición del ser humano, consciente de su propia racionalidad y que pone al mundo como el problema de mayor magnitud para ser resuelto en ese instante primigenio del pensamiento racional.

El mundo pasa así a constituirse en el enigma mayor, el arcano del cual hay que ir a sacar las verdades, hay que intentar des-velar lo que allí está oculto. Todo tiene un significado. El mundo, el "*to on*", para los griegos, se constituye en una fuente de verdades a las cuales el hombre puede tener acceso, directamente, mediante sus propias fuerzas cognitivas, a través del uso de su razón. El hombre se reconoce a sí mismo como un ser racional. Heráclito de Efeso, lo explicará magistralmente: declara a sus contemporáneos haber encontrado una tremenda verdad. Aquella de que el mundo era accesible a la pesquisa humana. Que había que hacer un esfuerzo, grande, tremendo, para tener acceso a estas verdades. Que no había que amilanarse ni turbarse en esta incesante búsqueda, sino mostrar paciencia y perseverancia. Parménides, todavía inmerso en el mito pitagórico, nos muestra metafóricamente este cambio: las musas que lo llevan hacia la diosa que le va a mostrar la verdad de la lógica, se quitan los velos delante de él para mostrar su verdadera realidad; los misterios entonces se hacen comprensibles no sólo a la vista, sino también al entendimiento. En adelante, para buscar la verdad hay que usar el principio de identidad y el de no contradicción. Y no dejarse engañar por las falsedades que nos entregan los sentidos. La apelación a la razón es el órgano para comprender inteligentemente al mundo.

No es de extrañar entonces que, junto a la filosofía surja al mismo tiempo, la ciencia. Porque los primeros hombres que utilizan el pensamiento racional no son seres excepcionales ni de raigambre

aristocrática, sino hombres comunes, comerciantes, artesanos, preocupados de resolver problemas prácticos, como por ejemplo, hacer un mapa estelar que sirviera para orientar a los marinos durante las noches de travesía por el mar Egeo. Fue el caso de Tales de Mileto. Pero por eso mismo, fue criticado por sus contemporáneos, por dedicarse a cosas que estaban en el cielo y no en la tierra. Platón resume magistralmente el viejo relato de una criada tracia que tenía Tales que lo criticó ácidamente cuando éste, observando las estrellas una noche despejada, cayó impensadamente en un pozo. ¡Cómo era posible que un hombre sabio se dedicara a ver las cosas de arriba sin ver primero las que estaban bajo sus pies! Ese fue, y sigue siendo, el estigma y al mismo tiempo grandeza de la filosofía: ver lo que otros no ven.

Lo que la poesía, el teatro, la guerra, la religión y el mito habían abonado en la imaginación griega durante mucho tiempo, en el siglo VI antes de Cristo se convierte en pensamiento racional. La simiente de la filosofía y de la ciencia se expresa primero en las costas del Asia Menor, en esa región poblada por colonias griegas, llamada Jonia. Son ciudades Estados, formadas por griegos provenientes, casi la mayoría, de otros lugares del Mar Egeo, que habían ido allí para colonizar y que rápidamente habían progresado materialmente a costa de un trabajo solidario y organizado, donde la agricultura, el comercio y la navegación habían congregado sus mejores habilidades.

No deja de llamar la atención que son esta clase de hombres prácticos los que inician la aventura del pensamiento. Existe una fuerza espiritual en ello que logra conciliar perfectamente las influencias orientales con aquellas provenientes de la vieja tradición helénica. Un historiador llamó a este signo: "el milagro griego". Son hombres que se dedican a intercambiar puntos de vista sobre hechos, fenómenos, problemas y modos de resolverlos de la mejor forma posible. Es decir, practican, a su manera, el "diálogo", el intercambio prístino de informaciones y experiencias que cada uno de ellos ha ido recogiendo en

los distintos lugares que ha vivido y visitado. Cada hombre aporta lo suyo, dentro de un ambiente de absoluta cordialidad y, sobre todo, exento de censura. Es así como se plasma, no un relato (como el de los viejos poetas épicos), sino una experiencia constructiva que quiere indagar y que se atreve a plantear supuestos y soluciones nuevas a problemas domésticos y también cosmológicos.

Pero estos hombres, avecindados en estas nuevas tierras, no eran personas totalmente comunes. Poseían un rasgo de excepcionalidad. Desde que comenzó este proceso de colonización de estos lugares, fueron gentes seleccionadas para fundar ciudades y que tuvieron la suerte de vivir en un ambiente político completamente distinto al que tuvieron sus antepasados y al que tenían otros pueblos contemporáneos. Lo más relevante es que ese ambiente social lo habían creado ellos mismos. La *polis* así originada correspondía perfectamente a sus intereses y aún, cuando en realidad se encontraban viviendo en un territorio extranjero, pudieron sin embargo, diseñar un estilo de vida que se acomodaba mejor a sus gustos y a lo que ellos querían de sus vidas.

A estos hombres les gustaba ser acuciosos, porque de otra manera habrían sucumbido ante la adversidad; espontáneos, porque debían crear rápidas respuestas frente a un ritmo de vida nuevo y extraño, como era el asentarse en un medio para ellos desconocido. Les gustaba sentirse libres de sujeciones arbitrarias, lo que explica que nunca se sometieron al invasor. Eran también solidarios, y por ello organizaron las primeras confederaciones de ciudades para defenderse ante el latente enemigo asiático que miraba con recelo la emergente opulencia material de estas pequeñas polis griegas.

Las comunidades que crearon estaban en medio de significativos cruces de culturas y de intercambio de comercio. Por lo mismo, había la posibilidad cierta de encontrarse diariamente con personas de otros lugares, que profesaban costumbres y creencias extrañas. Eran, en el fondo, comunidades abiertas. Sabemos hoy día, que cuando una

comunidad humana se margina de las demás, levantando muros materiales e ideológicos, todo su desarrollo se estanca, puesto que no plantean soluciones a los problemas de siempre. En estas condiciones se enseñorea el dogma y la verdad estática, porque no se produce una vitalizadora confrontación de opiniones ni nuevos enigmas por resolver. En cambio, cuando existe la posibilidad de reunir gentes de distintos pueblos y razas, con tradiciones distintas, los hombres de ingenio y talento personal pondrán atención a la pluralidad de soluciones para resolver un mismo asunto o problema. Si estos hombres son bastante inteligentes, se darán cuenta prontamente si sus propias soluciones son o no correctas, o si éstas se pueden cuestionar. En este sentido, los puertos jonios, en su gran mayoría, fueron terminales obligados de las líneas marítimas y terrestres griegas, fenicias, egipcias y además, lugar de paso que tenían las caravanas de Anatolia que los conectaban, etapa tras etapa, con el corazón de toda el Asia.

En un ambiente así tenía que darse alguna vez una mente perspicaz, inteligente, sinóptica, capaz de enlazar diferentes hechos y realidades en una sola fórmula o solución. Capaz también de engendrar nuevas hipótesis y conclusiones que abarcaran, no sólo un fenómeno particular, sino muchos, o todos a la vez. Por primera vez la humanidad asistía al alumbramiento de un genio, acicateado por la curiosidad y el asombro, los dos motivos por las cuales se engendra el pensamiento filosófico, según Platón. Ese genio fue, según las fuentes que poseemos, Tales de Mileto.

Fue un griego viajero, que a lo mejor estuvo alguna vez en Egipto y en Babilonia. La tradición dice que midió la altura de la gran pirámide utilizando la aplicación de un simple teorema geométrico: al momento de coincidir la sombra de él con la sombra de la pirámide podía calcular la altura de ésta por la correspondiente igualdad de los ángulos rectos de ambas sombras. Los babilonios, por su parte, habían anotado por mucho tiempo los eclipses de sol y de luna acaecidos en su región. A ninguno de

estos astrólogos orientales se le había ocurrido que un fenómeno que se repite con regularidad en el tiempo pudiera acontecer en el futuro, en el mismo lapso matemático ocurrido antes. Tales fue capaz de pronosticar un eclipse de sol en el día y año preciso (28 de mayo del 585 A.C.). Algo que asombró a sus contemporáneos. De esto nos informa Heródoto, el padre de la Historia. Por estos hechos, Tales de Mileto fue considerado en la antigüedad uno de los Siete Sabios.

Pero su mayor contribución a la filosofía fue postular un principio natural que cambió el curso de la reflexión sobre el origen del mundo. Según él, todas las cosas existentes provenían del agua: ella era la fuente, el *arjé* de todo. La vida, en consecuencia, viene del agua. Ella es la productora universal. Con esta simple ecuación echa por tierra siglos de imaginación en los cuales se había sostenido hasta la saciedad que el mundo había sido creado por fuerzas o entidades divinas. Por primera vez el pensamiento racional del hombre se atrevía a sostener una hipótesis sacada de la pura observación empírica: allí donde había agua, había vida. Donde no existía agua, la vida estaba del todo ausente. El agua pasaba a convertirse en un nuevo postulado para explicar el origen y constitución substancial de la materia. Los viejos mitos de Deucalión y Mirra pasaban a ocupar así su justo lugar en la nueva explicación del mundo. Son procesos naturales los que explican las fuerzas de lo existente.

Nace un nuevo concepto: el de *naturaleza*. Por esta apelación a lo físico estos primeros filósofos serán llamados más tarde por Aristóteles "*los físicos*". En este mismo contexto, Anaxímenes, propone que este principio es el aire y Anaximandro, más avanzado que los dos coterráneos anteriores en lo que se refiere al pensamiento abstracto, dirá que ese principio es el "apeiron".

Hoy día, revisando estas respuestas, es posible que las encontremos demasiadas ingenuas y casi infantiles. Pero todo comienzo es así. Debemos entender el contexto en que fueron elaboradas. En ese

momento fueron un avance extraordinario en la evolución del pensamiento. Se produce con ellas una línea divisoria, un antes y un después. Un antes que hoy llamamos *mito*; y un después, que llamamos *filosofía o ciencia*. Lo importante es constatar que la simiente estaba arrojada en un terreno fértil. En lo sucesivo, los hombres pondrán su atención en la naturaleza para indagar conocimientos. Pondrán atención a todos sus detalles e inventarán los métodos necesarios para efectuar una investigación cada vez más prolija y pertinente. Buscarán con empeño la forma de conseguir el máximo de seguridad en el conocimiento, es decir, la *episteme*, en oposición a la opinión o *doxa*. Se trata de seguir un camino recto, metódico, seguro esto es, un *metron odos*, (método) que no solamente sirva para explicar los fenómenos, sino también para transmitirlos a otros. En forma oral y también escrita. La educación del hombre, que antes se dedicaba a transmitir las leyendas homéricas y de los demás poetas, se dedicará mucho más adelante, especialmente en la Academia Platónica y en el Liceo Aristotélico, a enseñar filosofía y ciencia.

El mundo, mirado desde esta nueva óptica, se muestra asentado en un orden maravilloso, como un *cosmos*, cuyas leyes se pueden entender perfectamente. Estas leyes están sometidas a las mismas ecuaciones que rigen el pensamiento humano y por eso mismo, son susceptibles de conocer y aplicar en el ejercicio de la experiencia. La ciencia se aprovecha de esta circunstancia y los hombres aplican su ingenio para desarrollar habilidades que antes desconocían. En Samos, Pitágoras, usando el cálculo matemático, dirige la construcción de un largo acueducto que atraviesa una montaña de roca y que tiene la curiosidad de haberse trabajado por ambos extremos al mismo tiempo. Anaximandro de Mileto, usando una simple vara, logra establecer mediante la sombra de ésta, los solsticios de verano y de invierno y, en consecuencia, medir con exactitud la duración de un año solar. Vemos así como ese simple instrumento de madera, que durante siglos fue

utilizado por muchos en la guerra, en el agro y para castigar, se transforma en un verdadero instrumento de ciencia por un hombre inteligente.

Otro filósofo viajero, también de Jonia, Jenófanes de Colofón, habiendo encontrado restos de fósiles marinos en lo alto de algunas montañas, coligió que éstas debieron haber estado sumergidas en tiempos pretéritos. Y el propio Anaximandro, entre otra de sus maravillosas hipótesis, sostuvo que la vida, incluido el hombre, había evolucionado desde un fango primigenio. Un pitagórico posterior, Aristarco de Samos, inspirador de Copérnico, sostendrá que el centro del universo (según la concepción de esa época), no era la Tierra, sino el Sol.

Muchas de estas ideas tendrán que esperar siglos para que adquieran su verdadero reconocimiento por todos los hombres.

Estos primeros filósofos se dedicaron con pasión a crear un cuerpo de verdades de acuerdo con los nuevos patrones epistemológicos que ellos mismos crearon. Creyeron honradamente que esta nueva visión del universo les daba ocasión para demostrar la grandeza humana y por alcanzar esta tarea transformaron todo el saber que la tradición había acumulado antes de ellos. En el futuro, la ciencia y la filosofía serán la forma legítima de conocer el mundo. En todas sus manifestación. Primero fueron las cosas materiales, la naturaleza o *physis*. Después fue la sociedad o polis y, finalmente, el mismo hombre. Estos tres elementos fueron escrutados de manera permanente y aún se siguen estudiando.

Pero el progreso de esos saberes no siempre fue fácil y aceptado por todos los hombres. Siempre hubo detractores de la filosofía y de la ciencia. Las condiciones sociales no siempre han sido favorables al diálogo y la falta de censura. Hay períodos atroces en la historia en que la libertad de conciencia y la libre opinión están vedadas. Anaxágoras de Clazómenes fue el primer mártir de la filosofía; fue condenado en Atenas

y exiliado, durante el siglo V A. de C., por sostener que la Luna y el Sol eran cuerpos incandescentes, y no dioses (Selene y Helios). Sócrates constituye el paradigma más luminoso de esa odiosa persecución: fue condenado a beber el veneno de la cicuta por no creer en los dioses del Estado y corromper a la juventud. Como ocurre casi siempre en estos casos, su muerte dio lugar al nacimiento de uno de los fortalecimientos más importantes que ha tenido la filosofía a través de los tiempos.

Después de él, Platón y su Academia, Aristóteles y el Liceo, los estoicos, los epicúreos y los escépticos, por nombrar los más importantes, abonaron el espíritu occidental de tal manera que esa semilla plantada en Jonia se transformó en la forma rutinaria de cómo el hombre debe pensar y actuar frente a la realidad física, social y psicológica. Se había inaugurado así el uso de la razón por la humanidad.

La pregunta que no ha podido ser dilucidada hasta ahora y que seguramente nunca lo será es: ¿por qué la filosofía y la ciencia nació en Jonia y no en otro lugar del planeta? En esos tiempos, había lugares y gentes con más elementos a su favor para que eclosionaran estas formas de ver la realidad. Estaba, por lo pronto, Egipto, con una milenaria tradición y de la cual ellos tenían plena conciencia. Recordemos la sentencia que uno de los sacerdotes de Heliópolis le dice a Solón de Atenas cuando éste visitó ese territorio: "Vosotros, los griegos, son niños en comparación a nosotros". Efectivamente, eran unos niños, pero de una cualidad tan especial que llegaron a crear algo totalmente nuevo. Estaban también los reinos de Mesopotamia que exhibían a la fecha una estructura social y administrativa afiatada, amen de las inmensas riquezas, extensos territorios y una tradición no despreciable en el tiempo. Incluso en Mesoamérica existía una cultura emergente dedicada, entre otras cosas, al desarrollo astronómico. China e India se suman a los anteriores ejemplos.

Entender entonces la peculiaridad que tuvieron los griegos en esta creación se hace difícil y complejo. Sólo podemos hacer conjeturas. Aparte de los elementos que ya hemos analizado, algunos historiadores apuntan hacia una razón *geográfica*. Se argumenta que ella define el carácter y el modo de ser de las personas. El clima suave de esta zona actúa sobre la psicología produciendo personas que tienden a la moderación y al desarrollo físico sano. La proximidad del mar y la limpieza del cielo, la sucesión marcada de las cuatro estaciones, producen un espíritu sensible, propenso a la reflexión, la alegría, el optimismo y el gusto artístico. Los griegos fueron creadores de arte en casi todas sus manifestaciones.

Pero esto no basta. Hay muchas regiones del planeta que tienen estas mismas condiciones y en ellas no surgió nada parecido a la filosofía y la ciencia.

Algunos opinan entonces que, aparte de lo anterior, se sumó una condición *racial*. Sostienen que los helenos fueron una raza sana y dura, trabajadora. En esta disposición intervino la fusión de varias razas. Debieron trabajar fuerte la tierra para sacar los frutos de su subsistencia. Hay en ellos un constante esfuerzo por obtener los frutos de la estéril tierra para su sostén. Esto les llevó a ser metódicos y previsores. El cultivo del olivo representó el triunfo de la paciencia frente a lo contingente e inmediato: se trata de un árbol que necesita tiempo para que dé sus frutos y su propia cosecha implica una labor ardua, en pleno verano, donde el sol pega con todas sus fuerzas.

Pero estas cualidades, con ser muy afortunadas, también se repiten en otros lugares. ¿Qué fue entonces el punto clave de esta eclosión? Ese es el misterio sin solución. En este punto, tal vez habría que entender lo que en una ocasión manifestó el famoso trágico Esquilo: "De todos los misterios, el más grande es el del hombre".